

Capítulo 1

En el que somos testigos de un acontecimiento que pone los pelos de punta

A aquel príncipe tan joven se le conocía aquí y allá (y en casi todas las demás partes) como el príncipe Malandrín. Ni siquiera los gatos negros se cruzaban en su camino.

Una noche el rey daba una gran fiesta. Mientras se movía a hurtadillas tras damas y señores, el príncipe Malandrín ató sus pelucas empolvadas a las sillas de roble.

Luego se escondió detrás de un lacayo y se quedó esperando.

Cuando los invitados se levantaron para brindar por el rey, sus pelucas salieron disparadas.

Los señores se echaron las manos a la cabeza como si les hubieran arrancado el cuero cabelludo. Las damas chillaron.

El príncipe Malandrín (nunca se lo habían dicho a la cara, claro) trató de contener la risa. Se tapó la boca con las dos manos. Pero la soltó igual: un cacareo de *ja jás, jo jós y ji jís*.

El rey lo espiaba y parecía lo suficientemente enfadado como para escupir tinta. Dio un grito furioso.

—¡Que traigan al niño de los azotes!

El príncipe Malandrín sabía que no había nada que temer. No le habían dado ni un azote en toda su vida. ¡Por algo era el príncipe! Y a un príncipe estaba prohibido pegarle, darle una bofetada o una cachetada y, por supuesto, azotarlo.

Tenían a un niño corriente en el castillo para que se le castigara en su lugar.

—¡Que traigan al niño de los azotes!

La orden del rey pasó como un eco de guardia en guardia por la escalinata de piedra hasta una pequeña estancia en la ventilada torre norte.

Un niño huérfano llamado Jemmy, el hijo de un cazador de ratas, se despertó de su sueño. Se la había pasado muy bien soñando con su harapienta pero despreocupada vida, antes de que lo recogieran de las calles y las alcantarillas de la ciudad para servir de niño de los azotes en la corte.

Un guardia lo sacudió hasta que se despertó del todo.

—De pie, muchachito.

Los ojos de Jemmy se encendieron de repente.

—Pues yo juraría que hoy ya me han azotado dos veces. ¡Jo! ¿Qué ha hecho el príncipe esta vez?

—No hagamos esperar a la gente importante, chico.

—¡Veinte azotes! —dijo el rey en el salón principal.

Mientras se tragaba cada queja y cada grito con gesto desafiante, el niño que pagaba el pato recibió los veinte azotes. Entonces el rey se volvió hacia el príncipe.

—¡Espero que te sirva de lección!

—Sí, papá.

El príncipe bajó la cabeza para parecer humillado y arrepentido. Pero, mientras, iba sintiendo una irritación creciente por el niño que pagaba el pato.

En la estancia de la torre el príncipe se quedó mirándolo fijamente con el ceño fruncido.

—¡Eres el peor niño de los azotes que he tenido nunca! ¿Cómo haces para no gritar jamás?

—Ni idea —dijo Jemmy encogiéndose de hombros.

—¡Se supone que el niño de los azotes tiene que dar alaridos, como un cerdo cuando lo matan! Te vestimos lujosamente y te alimentamos como a un rey, ¿no es verdad? ¡Pues no tiene gracia si no gritas!

Jemmy volvió a encogerse de hombros. Estaba decidido a no soltar ni una sola lágrima con la que el príncipe se relamiese de gusto.

—Grita y chilla la próxima vez, ¿me oyes? O le diré a papá que te devuelva tus harapos y te eche de nuevo a la calle de una patada.

Jemmy se reanimó de golpe. “¡Muy agradecido, Su Real Horror!”, pensó. “Recogeré mis harapos, y desapareceré en menos de un abrir y cerrar de ojos”.

Capítulo 2

En el que el príncipe no puede escribir su nombre

Por la mañana, Jemmy podía contar con unos cuantos azotes para empezar. Eso sí que es seguro, pensó mientras tiraba de sus finos calzones de terciopelo y sus medias de seda. El príncipe no se sabría la lección, y el preceptor real era rápido como una palmeta de cazar moscas con la vara de sauce. Así que Jemmy podría volver a vestir sus harapos.

—Échame el último vistazo, padre; deja que tus huesos descansen —murmuró para sí mismo—. ¿Pensaste alguna vez que me meterían en un agujero en lo alto del castillo del mismísimo rey, todo emperifollado con unos trapos que le darían vergüenza hasta a un pavo real? Te juro que agarraré un par de hurones con los dientes bien afilados y me iré a cazar ratas, igual que tú. Igualito que tú, padre.

El maestro Peckwit, quien era un hombre de cara redonda con las mejillas gordas, apuntó al príncipe con su vara.

—¡Tú, alumno de tres al cuarto! —bramó—. ¡Un día serás rey! ¡Y todavía no distingues el alfabeto de las huellas de los cerdos!

El príncipe chasqueó los dedos.

—Siempre puedo hacer que alguien me lo lea.

—¡Ni siquiera puedes escribir tu nombre!

—¡Qué más da! Siempre puedo hacer que alguien lo escriba por mí.

Las mejillas del maestro, al hincharse de rabia, casi consiguieron desmontar los anteojos que llevaba puestos sobre su nariz.

—¡Sería más fácil educar a una col cocida! ¡Prepárese para el castigo, Su Señoría!

—Diez azotes por lo menos —dijo el príncipe—. Bien dados y bien fuertes, si no le importa.

A Jemmy, que tenía obligación de estar a mano durante las lecciones diarias, le pareció que lo que él tenía ahora a mano era la libertad. El príncipe le echó una mirada de satisfacción mientras el maestro Peckwit levantaba la vara y azotaba al niño que pagaba el pato como a una alfombra.

Jemmy no se quejó. No gritó ni chilló. Diez azotes, y no se escapó ni un sonido de su boca.

—¡Maldito pillo testarudo! —estalló el príncipe—. Sé lo que tramas, Jemmy El Callejero. ¡No aúllas por puro despecho! ¿Te crees que puedes llevarme la contraria como si nada? ¡Ja! ¡De ninguna manera!

“¡Jo!”, pensó Jemmy. “¡Se está echando atrás!”.

—Y no trates de escapar. ¡Te seguiría la pista hasta que la lengua te colgara como una bandera roja!

Y así siguieron las cosas durante más de un año. El príncipe no aprendió nada. El niño de los azotes aprendió a leer, a escribir y a sumar.

Capítulo 3

Los fugitivos

Una noche, cuando la luna miraba hacia abajo como un ojo malvado, el joven príncipe se presentó en el aposento de Jemmy.

—¡Muchacho! ¡Fuera de la cama! Necesito un criado.

Jemmy vio que el príncipe llevaba una capa negra y una cesta de mimbre del tamaño de un cofre marino.

—¿Y ahora qué estás tramando? ¿Te dedicas a andar en sueños?

—Me escapo.

El niño que pagaba el pato se sentó muy derecho. Apenas pasaba un día en el que no hiciera un plan u otro para escapar, ¿pero un príncipe? ¿Qué nueva y terrible travesura era ésta?

—No puedes largarte como si fueras una persona normal. ¿Qué mosca te picó?

—Me aburro —dijo el príncipe.

—¿Con tantos grillos saltando a tu alrededor?

—Un aburrimiento.

—¿Y no estuviste a punto de morirte de risa cuando los caballeros resbalaron de sus monturas y cayeron al suelo haciendo tanto ruido? Tú habías untado las sillas con manteca de cerdo.

—Un aburrimiento.

—¿Y no hiciste que me azotaran hasta que me pareciera que el diablo había estado correteando con botas de clavos por este pobre pellejo mío?

—¡Vámonos!

“¿Por qué yo?”, pensó Jemmy. “¿No puedes encontrar un amigo con el que escapar? No, tú no, príncipe Malandrín. Tú no tienes amigos. Por eso me has elegido a mí”.

Jemmy señaló hacia la ventana.

—Afuera es de noche —protestó.

—La mejor hora —replicó el príncipe.

—¿Pero no te da miedo la noche? ¡Lo sabe todo el mundo! Ni siquiera puedes dormir sin una vela encendida.

—¡Mentiras! De todos modos, la luna está alta, clara y brillante. Vamos.

Jemmy se quedó mirándolo con un asombro espantoso.

—¡Al rey se le pondrán los ojos rojos de rabia!

—Seguramente.

—Nos perseguirá. Tú saldrás de ésta ligero como una pluma, pero yo tendré suerte si no me azotan hasta despellejarme. Aunque es más probable que me cuelguen de la horca. ¡Seguro que me retuercen el pescuezo!

—Ése es tu porvenir —dijo el príncipe con una sonrisita cortante—. Agarra la cesta, Jemmy El Callejero, ¡y sígueme!